

Los aportes de la antropología porteña al estudio de las lenguas indígenas durante la primera mitad del siglo XX en Argentina

Luisa Domínguez
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad de Buenos Aires

El 20 de abril de 1904, el Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires sanciona la ordenanza de creación de un museo etnográfico (AA.VV., 1904: 271-272), que recién comenzará a funcionar un año después. Con él se inauguraba la fundación de toda una serie de institutos dentro de esa Facultad dedicados al estudio y la producción de conocimiento en distintas áreas de las humanidades, relativamente nuevas en el ámbito universitario, reservado hasta entonces a las profesiones liberales tradicionales (Buchbinder, 1997; Pérez Gollán y Dujovne, 2002). Desde sus inicios, uno de los rasgos distintivos del Museo Etnográfico fue su especificidad disciplinar, a diferencia del de La Plata y el de Ciencias Naturales de Buenos Aires, que albergaban colecciones de múltiples áreas. En este sentido, con su creación a inicios del nuevo siglo, la ciencia argentina se introducía en un periodo de delimitación de los campos y, paralelamente, se ponía al servicio de la construcción de la nación moderna. A su vez, este Museo venía a cumplir con el objetivo de conservar la mayor cantidad de elementos originales característicos de los distintos grupos indígenas del país, partiendo de la idea de su desaparición inminente como efecto del avance del “progreso” (Pérez Gollán y Dujovne, 2002; Pegoraro, 2009; Perazzi, 2011). Así, un museo etnográfico aparecía como el lugar adecuado para albergar y clasificar las distintas colecciones que conformarían el patrimonio prehistórico nacional.

A continuación, proponemos realizar un recorrido por la historia institucional e investigativa de este Museo durante sus primeros cincuenta años de funcionamiento, con particular atención a las distintas expediciones impulsadas desde allí. A partir de la idea que sostiene que lingüística indígena del periodo, dentro del ámbito académico, tuvo como principales responsables a los especialistas en ciencias antropológicas (Domínguez, 2020a), este recorrido, organizado en función de la perspectiva de la historiografía

lingüística (Swiggers, 2009), nos permitirá reconocer las instancias en las que las lenguas indígenas fueron objeto de interés (o no) durante las sucesivas gestiones. Focalizaremos, puntualmente, en las circunstancias en que tuvieron lugar una serie de registros lingüísticos, producto de esas expediciones, que permanecen inéditos hasta hoy: un vocabulario de la lengua chorote, otro del wichi, ambos registrados en 1909 por Salvador Debenedetti, y finalmente, un tercero, que data de cuarenta años después, del aonekko ‘a’ien, a cargo de José Imbelloni y Marcelo Bórmida. Asimismo, y tal como se verá en lo que sigue, indagaremos en las posibles razones que permiten explicar una notable distribución geográfica en las sucesivas investigaciones del Museo, a partir de la cual se estructura el artículo. Así, en los primeros años de funcionamiento, destaca una atención preferencial por los estudios arqueológicos en el Norte del país; posteriormente, reconocemos una etapa de transición en la que se ampliaron las líneas de investigación, pero, como se verá a continuación, fueron pocos los avances que efectivamente pudieron realizarse; y finalmente, reconocemos una tercera en la que se revela un particular interés por la Patagonia y un retorno al trabajo etnográfico.

Primera etapa: el Norte y las expediciones arqueológicas

Menos de un año después de la ordenanza mencionada más arriba que dio origen al Museo Etnográfico, en el verano de 1905, Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917) emprende la primera expedición arqueológica de la Facultad de Filosofía y Letras, que tuvo como destino los Valles Calchaquíes. En el informe que presenta el comisionado, plantea que el naciente museo “tiene ya su vida asegurada con la base de las colecciones recogidas (...); las que una vez instaladas, y convenientemente restauradas, podrán exhibirse como un conjunto modelo” (AA.VV., 1905: 333).¹ Un año después emprende otra con el mismo destino y, en 1907, continúa con una campaña más también a la zona del noroeste argentino. Las expediciones a esta región debidas a sus propias gestiones convirtieron a los Valles Calchaquíes en el emblema del americanismo local (Pegoraro, 2009; Podgorny, 2004).

Durante los primeros años de su carrera, Ambrosetti había realizado varios viajes como parte de su proyecto de investigación personal y por encargo del Instituto Geográfico Argentino. El principal destino fueron distintas provincias ubicadas en el Norte argentino (Boman, 1920), destinos

¹ En todas las citas que siguen se respeta la ortografía, puntuación y erratas originales.

que revelan la particular atención que recibía esta región por entonces. Durante algunos de esos viajes, Ambrosetti realizó tres registros lingüísticos: un vocabulario sobre la lengua de los “chunupies” (Chaco austral) y otros dos sobre la lengua de los caingang, uno a partir de las poblaciones que encontró en San Pedro, Misiones, y otro sobre las que ubicó en el Chaco santafesino (véase Domínguez, 2020a).

Si bien la gestión de Ambrosetti se caracterizó por las expediciones de tipo arqueológico con el evidente objeto de formar la colección material del Museo, durante los años en que él se desempeñó como director hubo una única “misión” con objetivos estrictamente etnográficos, a cargo de Salvador Debenedetti, alumno de Ambrosetti, miembro del Museo y quien lo sucedió frente a la dirección (Pegoraro, 2009). En esta misión, de más de un mes de duración, en el verano de 1909, Debenedetti recorrió la provincia de Jujuy, puntualmente la zona comprendida entre San Pedro de Jujuy y Calilegua, donde recolectó 350 piezas antropológicas (“arcos de flecha, camisas de guerra, instrumentos de agricultura, adornos de plumas, yikas, cántaros, redes, lanzas, silbatos de guerra, pipas, etc.”) y recabó información acerca de “las costumbres, ceremonias religioso funerarias, usos, prácticas sociales y guerreras y sobre todo dedicar atención al problema de la sumisión del indio á la civilización”, lo que derivó en un trabajo: *La sumisión de los indios en el Chaco: el factor religioso, militar e industrial* (1909).

Además, según consigna en el expediente presentado como resultado de la expedición, registró, en el ingenio azucarero de Ledesma, un vocabulario chorote de 108 palabras (al que hasta ahora no hemos tenido acceso), que, según él mismo planteaba en el informe que presenta como resultado de la expedición, “podrá ser utilizado en los estudios de lingüística americana donde aquella lengua no tiene todavía cabida por ser desconocida” (AGFFYL, B-5-10, 64). A su vez, elicó un vocabulario wichí (lengua por entonces denominada “mataco”), que no fue publicado ni hemos tenido acceso a él, además de que tampoco aparece mencionado en Debenedetti (1909) ni en el informe de la expedición (una ausencia llamativa que aún no hemos logrado dilucidar). Más allá de estas imprecisiones, es posible ratificar la existencia de ambos registros gracias a Roberto Lehmann-Nitsche, quien publica, en 1910, un estudio comparado de vocabularios de cuatro variedades de la familia mataco-mataguayo (chorote, mataco, vejoz y nocten), documentados por él mismo, a los que suma los dos registros de Debenedetti (mataco y chorote), además de los realizados por el ingeniero Juan Pelleschi y otros a cargo de los padres Joaquín Remedi, Inocencio

Massei y Alcide D'Orbigny que Samuel Lafone Quevedo había puesto en circulación entre 1896 y 1897 (véase Domínguez, 2020b).

La inclusión del registro del “mataco” de Debenedetti en el trabajo de Lehmann-Nitsche nos permite, además de enterarnos de su existencia, recabar algunos datos más de la elicitación dado que allí se consigna quién fue consultante de Debenedetti, el cacique Cuchi-Toro, y cuáles fueron las circunstancias del registro (la misma expedición ya mencionada). Asimismo, es posible reconocer exactamente cuáles fueron los términos elicitados, ya que Lehmann-Nitsche aclara, en cada caso, a quién corresponde el registro. Así, siguiendo el ordenamiento que este presenta, hemos logrado deducir que Debenedetti consultó por términos relacionados con las partes del cuerpo, elementos de la naturaleza, objetos del hogar y utensilios, vestimenta, términos de parentesco, animales, plantas, pronombres, adjetivos, adverbios y verbos; mientras que, de su registro, resulta llamativa la ausencia de numerales, una categoría de aparición muy frecuente en este tipo de elicitaciones.

El 5 de junio de 1917, en una sesión especial del Consejo Directivo de la Facultad, el decano informa la imprevista muerte de Ambrosetti y, quince días después, se propone que Debenedetti ocupe el cargo vacante de director del Museo, moción que se aprueba por unanimidad (AA. VV., 1917: 490). Pegoraro (2009) plantea con razón que la designación de Debenedetti significaba, para varios, la continuación de la labor de Ambrosetti frente al Museo. En este sentido, en una conferencia homenaje al aniversario del fallecimiento de su maestro, el nuevo director proponía algunos lineamientos para el futuro de la institución con los que establecía una clara continuidad con la gestión de su antecesor. Así, proyectaba avanzar con las expediciones con el objetivo, por un lado, de crear una carta arqueológica del país y, por el otro, de garantizar el crecimiento de las colecciones del Museo.

Durante su gestión, la región norte del país fue, nuevamente, la que más atención recibió por parte del Museo. De hecho, en la memoria de 1924 que Debenedetti eleva al decanato, reseña tres expediciones con las que dio por finalizado el “reconocimiento general del N.O. argentino” (Debenedetti, 1924: 203). En esta misma línea, en un prólogo publicado *post mortem* a un trabajo de Ambrosetti que se encontraba en preparación al momento de su fallecimiento, Debenedetti expresaba:

Es natural que desde la fundación del Museo Etnográfico se hubiera elegido, con preferencia, toda la zona del noroeste argentino para proceder a su estudio metódico y sistemático. Abundaban, de sobra, razones para ello. La literatura publicada hasta entonces —y me parece innecesario

puntualizarlo aquí— evidencia a las claras, y con harta elocuencia, la importancia que había adquirido aquella vasta comarca montañosa en el dominio de la arqueología argentina (...) Puede decirse, pues, que las investigaciones realizadas hasta el presente, en regiones extrañas a las que dejamos consignadas, lo han sido esporádicas y con fines accidentales, sin perder de vista el propósito inicial. (Debenedetti y Casanova, 1933-1935: 9-10).

En otro discurso a su cargo en el marco de la reapertura del Museo luego de su traslado al edificio en la calle Moreno (donde se encuentra ubicado hasta el día de hoy), establece las líneas de investigación que él ponderaba. Esas palabras ponen en evidencia que no planificó un ámbito de investigación específico para las lenguas indígenas. Cabe tener en cuenta, de cualquier modo, que, al momento, ya había sido creado el Instituto de Filología y que, un año antes, Lehmann-Nitsche se había hecho cargo de su gestión (véase Domínguez y Toscano y García, 2017), razón que podría explicar la desatención en el estudio de estas lenguas como parte de la agenda científica del Museo, aunque es cierto que previamente tampoco había constituido una línea de investigación prioritaria; lo que se ratifica en las líneas que siguen:

De preferencia el estudio de la arqueología y etnología americanas han sido la finalidad de este Museo. Se continuará con las mismas disciplinas, con el mismo entusiasmo se irán juntando los materiales de las culturas extinguidas y con la misma esperanza de reconstruir el pasado de América, estableciendo sus sucesiones culturales y sus conexiones, seguirá en su labor este Museo etnográfico (...) Vengan, pues, en patriótica conjunción, alentada por el deseo del progreso de las ciencias, del amor a la verdad, del deseo de conocer mejor y penetrar en la esencia del pensamiento de nuestros antepasados nativos en la tierra de América, vengan los alientos de todos porque si la Universidad de Buenos Aires fué la primera que en América oficializó el estudio de la arqueología, el esfuerzo de todos debe crear y sostener el primer museo de aquella especialidad. (AA.VV., 1927: 438).

El fragmento anterior sintetiza las principales características de las primeras dos gestiones frente al Museo, a las que debe añadirse la atención preferencial otorgada a los Valles Calchaquíes. Así, la arqueología y la etnología aparecen como las disciplinas prioritarias del Museo. Además, en la cita se ponen en evidencia una serie de presupuestos y fundamentos que sostienen el discurso de ambas durante estos años: su importancia para la reconstrucción del pasado americano y, por lo tanto, su valor patriótico.

Finalmente, destaca la exaltación de la Universidad de Buenos Aires como la pionera en la institucionalización de este conocimiento.

Después de trece años de gestión frente al Museo Etnográfico, Debenedetti falleció sorpresivamente, el 30 septiembre de 1930, en el viaje de regreso del XXIV Congreso de Americanistas celebrado en Hamburgo. Pocos días después, el Consejo Directivo analizó los candidatos para reemplazarlo en su labor de director. Luego de un debate que duró varias sesiones (véase Domínguez, 2020a), Félix Faustino Outes (1878-1939) es designado su sucesor, cargo que asume el 5 de noviembre de 1930 (AA. VV., 1930: 941-950).

Segunda etapa: transición

En la trayectoria investigativa personal de Outes, la primera etapa se encuentra centralmente abocada a estudios de arqueología y antropología de la región rioplatense y patagónica. Se trata de una instancia de exploración de distintos temas que lo conducen a incursionar en prácticas diversas, con acercamientos tanto al trabajo de campo como al de gabinete. A mediados de la década de 1910, comenzó a indagar en los estudios de geografía, un ámbito original y de vacancia en las ciencias antropológicas argentinas, que le permitió terminar de ubicarse en la Universidad de Buenos Aires (véase Barros, 2001).

Asimismo, realizó una consistente indagación en distintas bibliotecas y archivos que implicaron el hallazgo de materiales de valor, que se encargó de organizar, comentar y publicar. Estos trabajos fueron una contribución de relevancia no solo para los estudios lingüísticos y para la reconstrucción de cartografías étnicas, sino también para una epihistoriografía (Swiggers, 2009) de la lingüística misionera, por un lado, y para la historia de la Patagonia, por el otro (véase Domínguez, 2020a). Particularmente en lo relativo a sus aportes en el ámbito de la lingüística indígena, Outes fue reconocido como un continuador de la obra iniciada por Lafone Quevedo y Bartolomé Mitre y como uno de los principales responsables de los estudios sobre las lenguas de la región rioplatense y de fuegopatagonia.²

Así y todo, a pesar de sus importantes aportes a la lingüística indígena de su tiempo, durante su gestión frente al Museo Etnográfico no dedicó especial atención a este ámbito. No bien asume, propone una reorganización del Museo consistente en la creación de cuatro departamentos: antropogeografía, antropología física, etnografía y folklore, lo que supone la

2 En 1903 Outes tuvo la intención de establecerse por un tiempo en la Patagonia para vivir con “el resto de los indios que quedan”, proyecto que se frustró por falta de voluntad política (véase Domínguez, 2020).

incorporación de nuevas líneas de investigación superando el carácter estrictamente arqueológico que venía teniendo hasta ese momento. A su vez, proyecta una serie de líneas de investigación que pone en evidencia ciertas concepciones que circulaban entonces acerca de los grupos indígenas de las distintas regiones. En cuanto al Norte argentino, proponía indagar en “los caracteres somatológicos de los naturales del noroeste argentino”; como así también en “los rasgos esenciales de las culturas marginales, prehispánicas, de nuestro gran río histórico (Paraná)” y “acumular, cuanto antes, en forma rigurosamente sistemática, las manifestaciones culturales de los indígenas que aún subsisten en las gobernaciones del Chaco y Formosa”. Mientras que, en lo relativo a la Patagonia únicamente planificaba “reunir, tratando de fijar su posición estratigráfica, los restos industriales y, quizá, los del hombre mismo que ofrecen los ‘conchales’ litorales hasta la fuegia” (Outes, 1931: 36-37); de modo que pareciera no haber habido posibilidad de hacer más que investigaciones arqueológicas en ese territorio.

Este presupuesto puede deberse al hecho de que, mientras que en el caso de la región del Chaco las comunidades indígenas fueron explotadas como mano de obra para el trabajo de la tierra (tal como puede observarse, por ejemplo, en el caso del ingenio azucarero de Ledesma, donde Debenedetti encuentra a un grupo de wichís y de chorotes que estaban trabajando durante la zafra); en la Patagonia las naciones indígenas se dieron por extintas luego de las campañas de exterminio hacia fines del siglo XIX, tal como sostiene Dávila Da Rosa (2015). Esta concepción acerca de los pueblos indígenas del Sur fue la que posiblemente sostuvo, durante largos años, la idea de que, en ese territorio, no debía quedar mucho más que materiales arqueológicos. De allí que las proyecciones investigativas de Outes para el caso del Norte hayan sido más de tipo etnográfico que para el caso de la Patagonia.

Con todo, lo cierto es que, más allá de estas propuestas de trabajo de campo, durante su gestión, el Museo atravesó un fuerte proceso de desfinanciamiento que impidió llevar adelante las tareas previstas, de modo que la agenda de trabajo se vio casi completamente reducida a la organización bibliográfica. Constituyen una excepción tres expediciones que pudieron concretarse: una a la Quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy, en 1936, con objetivos fundamentalmente geográficos; otra al sureste de la provincia de Buenos Aires (desde las serranías de Balcarce hasta el arroyo La Tigra), también en 1936, y la tercera, un año antes, al yacimiento del arroyo de Leyes, provincia de Santa Fe, estas dos últimas con objetivos principalmente arqueológicos.

En abril de 1937, Outes se enferma gravemente y debe pedir licencia de todos sus cargos. En el Museo, el responsable a cargo pasa a ser Francisco de Aparicio. Finalmente, en la sesión del 27 de abril de 1938 se informa en el Consejo Directivo la renuncia de Outes y dos meses después se anuncia su jubilación. Fallece al poco tiempo, en septiembre de 1939, de modo que De Aparicio pasa a ser nombrado director del Museo (véase Domínguez, 2020).

De Aparicio se desempeñó como arqueólogo e historiador; fue, posiblemente, uno de los últimos autodidactas del ámbito universitario. Su actividad académica se desarrolló entre las universidades del Litoral y de Buenos Aires.³ Junto con Outes, Imbelloni y otros reconocidos especialistas en ciencias antropológicas, participó de la comisión fundadora de la Sociedad Argentina de Antropología, creada en 1936. En su trayectoria académica no se identifica ningún trabajo relativo al estudio de las lenguas indígenas y su área de mayor interés fue, como todavía era la preferencia general, el noroeste del país.

Durante su gestión no propone ni realiza ningún tipo de trabajo con las lenguas indígenas, aunque se destaca la incorporación al departamento de Etnografía y Folklore de Berta Vidal de Battini (quien realizó una de las primeras descripciones dialectológicas de distintas regiones del país), cuyo desempeño en el Museo, sin embargo, desconocemos hasta hoy. En cuanto a las expediciones por él emprendidas, realiza algunas con nuevos destinos: en mayo de 1939 el propio De Aparicio emprende una campaña a Santiago del Estero. Dos años después se dirige a Perú y a otros países del Pacífico “a fin de reunir información y material iconográfico y, al mismo tiempo, recuperar la colaboración de algunos especialistas en ciencias antropológicas” (AGFFyL, C-4-1, 14). A estas se le suman las campañas emprendidas por otros miembros del Museo. Así, en el verano de 1943, María de las Mercedes Constanzó, encargada del departamento de Antropología, fue la primera mujer que encabezó una expedición, según nuestros registros; en este caso, el destino fueron las sierras de Córdoba. Por otra parte, ese mismo año, Romualdo Ardissonne, jefe del departamento de Geografía Humana, emprendió una expedición a Catamarca (a las localidades de Pomán y Ancasti). Por último, también en 1943, De Aparicio viaja nuevamente al Norte, esta vez a Salta, acompañado por Augusto R. Cortazar y Alberto M. Salas. El objetivo de esta última expedición, que citamos a continuación, permite ver, a su vez, la principal línea de investigación que rige durante su gestión:

3 Para más información biográfica de De Aparicio, véase d'Harcourt (1951) y Lafón (1951).

Realizar un estudio preliminar de los Valles Calchaquíes, a fin de concretar sobre el terreno un plan cuidadosamente estructurado en el gabinete y al cual nos proponemos dedicar casi exclusivamente, la labor de investigación del Museo durante varios años: el hombre y su actividad, en todos los tiempos, dentro de esa limitada región geográfica (...) El doctor Cortazar, que tendrá a su cargo el estudio del folklore dentro del plan trazado, fué destacado a la región central del valle y realizó su labor con gran eficacia... Con los señores Salas y Güemes iniciamos, luego, la exploración propiamente dicha del valle con el propósito de localizar yacimientos arqueológicos que justificaran ulteriores trabajos de excavación. (AGFFyL, C-5-3, 2).

Del fragmento se destaca la articulación de los estudios de folklore y de arqueología, rasgo que permite establecer una continuidad con la organización propuesta por Outes para el Museo durante su gestión, lo que se distingue de las expediciones lideradas por Debenedetti y Ambrosetti, cuyos intereses fueron centralmente arqueológicos. Sin embargo, como puede verse hasta ahora, en los cuatro casos están casi ausentes los trabajos en el territorio patagónico.

Tercera etapa: la Escuela Histórico Cultural y las etnografías en la Patagonia

Entre 1946 y 1949, la Facultad estuvo intervenida por el profesor Enrique François, quien venía desempeñando distintos cargos desde 1930, habiendo llegado a ser vicedecano de la Facultad. Como parte del proceso de “reestructuración y ‘disciplinamiento’” (Buchbinder, 1997: 161) de la vida universitaria que se proponía el gobierno nacional, su gestión como delegado interventor supuso distintas medidas que atentaron contra la autonomía universitaria. Tal es el caso del apartamiento de sus cargos de varios miembros de la Facultad, entre ellos De Aparicio, quien es reemplazado por Romualdo Ardissonne entre noviembre de 1946 y marzo de 1947, cuando finalmente asume José Imbelloni (1885-1967) frente a la dirección del Museo. François dispone, además, la creación del Instituto de Antropología, del que pasa a depender el Museo Etnográfico y casi todas sus secciones o departamentos.

Imbelloni, el director del nuevo Instituto de Antropología, fue un antropólogo de origen italiano radicado en Argentina desde 1920, que tuvo un rol decisivo en la organización de la antropología local, basado, en parte, en la imposición que llevó a cabo del modelo de la Escuela Histórico Cultural de Viena. La centralidad que logró alcanzar a lo largo de su carrera

fue tal que no solo condicionó la antropología porteña, sino que también lo habilitó a participar en la organización de esta disciplina en otros espacios universitarios, como es el caso de la Universidad de Tucumán (véase Carrizo, 2015). Específicamente en cuanto al estudio de las lenguas indígenas, incorporó tempranamente discusiones y categorías de análisis hasta entonces ausentes en el aparato epistemológico de la lingüística indígena, que operaba bastante alejado del despliegue teórico que tenía lugar, contemporáneamente, en Estados Unidos y Europa (véase Domínguez, 2019a, 2019b; Domínguez y Malvestitti, 2020).

Expresamente alineada con el gobierno de Perón, la gestión de Imbelloni al mando de esas instituciones supuso la puesta en valor de la Patagonia, notablemente desatendida dentro del ámbito de las ciencias antropológicas en el ámbito porteño, tal como se viene demostrando. Así, propuso una serie de acciones e investigaciones que tuvieron a este destino como objeto, con el argumento de que era, por entonces, un área de vacancia dentro del campo. La primera de esas acciones consiste en una expedición realizada en 1949, que obtuvo como resultado el vocabulario tehuelche (aonekko ‘a’ien) a cargo de Imbelloni con la colaboración de Marcelo Bórmida (1925-1978),⁴ cuyo contexto de elicitación, además del propio registro, analizamos junto con Ana Fernández Garay (véase Domínguez y Fernández Garay, en prensa).

En esta ocasión, nos interesa destacar cómo se articula este registro con toda otra serie de gestiones tendientes a despertar el interés científico por la Patagonia. En este sentido, en un conocido artículo que publica en la revista *Runa* (dependiente del Museo) con los resultados preliminares de la expedición, plantea:

Nunca se lamentará bastante el hecho que durante los últimos setenta años nadie haya advertido la conveniencia de llenar tamaña laguna. Se ha dejado de este modo correr irremediablemente un tiempo precioso. A pesar de que la decadencia del pueblo patagón, comenzada en la mitad del siglo XVIII con las asiduas visitas de naves norteamericanas a las rías y caletas del Atlántico Sud, fuera ya un hecho alarmante en la segunda mitad del siglo XIX, no puede negarse que hasta el primer decenio de nuestro siglo han permanecido en la Patagonia condiciones favorables para cosechar un número de datos suficientemente válido, en vista de un resultado estadísticamente suficiente. (Imbelloni, 1949a: 16-17).

4 Bórmida, romano de origen, inicia su formación en ciencias biológicas en la Universidad de Roma bajo la supervisión del especialista en craneometría, Sergio Sergi. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial debe exiliarse por su desempeño como oficial de ejército durante el gobierno de Benito Mussolini. Luego de su llegada a Buenos Aires en 1946, inició su carrera académica bajo la supervisión de Imbelloni, a quien sucedió en distintos puestos en la Universidad de Buenos Aires.

En función de este diagnóstico, luego de la expedición, organiza ese mismo año la Semana de la Patagonia, un evento al que asistieron distintos personajes de la escena antropológica y también lingüística. Así, entre los invitados se destaca la presencia de Federico Escalada, autor de *El complejo Tehuelche* (también de 1949), trabajo especialmente valorado por sus datos registrados en terreno; el fonólogo Ivar Dahl, quien había publicado tiempo antes, en 1944, junto con Daniel Jones, *Fundamentos de escritura fonética*. Asimismo, otra de las participantes fue Agustina Quilchamal de Mankel, hablante nativa de aonekko ‘a’ien, quien fue la consultante principal de Escalada y que también participó del registro realizado durante la expedición liderada por Imbelloni de ese mismo año, mencionada anteriormente. A ellos se les suma un grupo de antropólogos y arqueólogos (entre otros, Enrique Palavecino, Marcelo Bormida, Antonio Serrano y Osvaldo Menghin).

El segundo día de estas jornadas de exposición sobre distintos asuntos del territorio patagónico se destina al “factor lingüístico”, especialmente dedicado al estudio de la lengua del pueblo tehuelche. La primera exposición estuvo a cargo de Escalada. Otra de las charlas de relevancia estuvo a cargo del profesor Dahl, quien realizó un primer acercamiento al alfabeto fonético internacional con el objetivo de convencer a los investigadores de su utilización para evitar el fracaso frecuente en el registro de las lenguas indígenas hasta entonces. En el informe, Imbelloni reconstruye en qué consistió la charla, además de mencionar que Agustina Quilchamal ofició de consultante frente a los oyentes:

La demostración fué brillante y convenció realmente de que la fonética moderna es el único medio para terminar de una vez con el caos que actualmente prevalece en la grafía de los idiomas indígenas e influye tan desfavorablemente en la correcta pronunciación. Fué escuchada en esta oportunidad doña Agustina Quilchámál de Menkél, hija del famoso cacique Quilchámál del Alto chalia, auténtica aborigen y conocedora del Aóniko-aish. (AGFFyL, D-3-6, 28).

Finalmente, en el comentario relativo al cierre del evento se plantea la propuesta de Imbelloni de crear “un refugio que asegurara la conservación de las últimas familias tehuelche”, que el público recibe “con señaladas manifestaciones de agrado” (AGFFyL, D-3-6, 28).

También como parte de su interés por la Patagonia y su posición central dentro de los estudios de lingüística indígena, en 1950, Imbelloni, por encargo de la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación de la Nación, escribe el prólogo de la nueva edición de la *Toponimia*

patagónica de etimología araucana del por entonces presidente de la nación Juan Domingo Perón. Este trabajo consiste en un registro toponímico que había realizado el gobernante más de diez años antes, a mediados de la década del treinta, cuando se desempeñaba como Mayor de Ejército.

El prólogo a cargo de Imbelloni, titulado “El panorama lingüístico de la Patagonia y el trabajo del General Perón”, si bien metodológicamente no está basado en una investigación etnográfica, hace constantes referencias a la reciente expedición impulsada por el Museo y a la información obtenida durante ese viaje, como así también al trabajo de Escalada. Además, el autor allí ratifica las supuestamente escasas investigaciones acerca de la realidad lingüística de la región y destaca a la *Toponimia* como uno de los únicos trabajos sobre el tema. Es importante destacar que, mediante este procedimiento, Imbelloni subestima otros registros producidos en ese territorio (como los del salesiano Domingo Milanese, por ejemplo).⁵ Así, si bien la Patagonia fue un territorio notablemente desatendido por la antropología porteña, tal como venimos viendo, fue, sin embargo, un objeto de interés de estudiosos que habitaban en la zona (tal es el caso de las investigaciones en curso de Domínguez, V. y de De Miguel), como así también de misioneros de las órdenes salesianas y anglicanas (véase, por ejemplo, Malvestitti, 2010, 2013 y Malvestitti y Nicoletti, 2008, 2012) y de otros especialistas de renombre, como Lehmann-Nitsche (cuyos registros muy recientemente se han puesto a circular, véase Malvestitti, 2012, 2014, 2015 y Malvestitti y Orden, 2014), el propio Outes, como así también Milciades Vignati y Tomas Harrington.

A los acontecimientos sobre la Patagonia en el marco del Museo y de las contribuciones de Imbelloni, debemos sumar una serie de expediciones más, también con ese destino. Así, en 1950, el Museo realiza una nueva expedición a la Patagonia Central y Septentrional “para iniciar los estudios de la Prehistoria argentina en las regiones del Sud”. El 12 de diciembre de 1951 se comunica el plan de emprender un nuevo viaje científico a la Patagonia con la dirección del prehistoriador austríaco Osvaldo Menghin (1888-1973),⁶ “con el fin de estudiar las terrazas marinas y los concheros

5 Algunos especialistas en distintas temáticas de la realidad patagónica, como es el caso del padre Manuel Molina o los antropólogos Rodolfo Casamiquela y Julián Cáceres Freyre, plantearon que gran parte del registro de Perón fue plagio de los trabajos de Milanese, *Etimología araucana. Idiomas comparados de la Patagonia. Lecturas y frsario araucano* de 1914, y de los del militar Federico Barbará, *Manual de la lengua pampa* de 1878.

6 Menghin se había desempeñado como rector de la Universidad de Viena entre 1935 y 1936; como miembro del consejo directivo del partido Nazi entre 1937 y 1938, y como Ministro de Cultura y Educación durante dos meses en 1938 (Guber, 2006). Gracias a las gestiones de Imbelloni, Menghin, recién llegado a la Argentina como invitado del gobierno nacional en mayo de 1948, logra insertarse casi automáticamente en el Instituto de Antropología (AGFFyL, D-2-4, 13).

del Golfo de San Jorge, luego las cuevas del Cañadón de las Cuevas y los concheros de Punta Medanos, al sud de Puerto Deseado” (AGFFyL, A.G.-289, 15). Estas expediciones permiten ver la atención preferencial de los histórico culturalistas por el territorio patagónico. De hecho, en un informe sobre su actuación que eleva Menghin, consigna haber realizado cinco expediciones a la Patagonia desde su incorporación al Instituto en 1948 hasta 1955 (AGFFyL, 1955, s/d).

Pero la Patagonia no solo importaba por sus yacimientos arqueológicos poco explorados hasta entonces, sino también por los “residuos vivientes”, tal como designa violentamente Imbelloni, en una ocasión, a los tehuelches “puros” de la región (AGFFyL, D-2-4, 24). En este sentido, algunas de las expediciones también tuvieron como propósito realizar descripciones fenotípicas y culturales de este grupo que redundaron, entre otras cuestiones, en registros lingüísticos que responden a lo que conceptualizamos como un retorno a la práctica de la etnografía lingüística (Domínguez, 2020a), llamativamente abandonada por los círculos científicos del periodo.

Así, luego del vocabulario aonekko ‘a’ien registrado en 1949, en abril de 1951, Imbelloni anuncia la llegada de un nieto de Bridges, con quien evidentemente planifica reunirse con un objetivo de lingüística de salvataje:

En el próximo mes de Mayo llegará de Tierra del Fuego un nieto del gran vocabularista Lucas Bridges,⁷ para organizar un nuevo viaje al Sud y registrar la voz y vocabularios de dos individuos excepcionales: la última persona del grupo Haush (una anciana que los señores Bridges han procurado retirar en su estancia de Victoria) y un viejo conocedor del Yámana, cuya muerte es inminente. (AGFFyL, A.G.-289, 7).

Finalmente, en este mismo sentido, en el último año de su gestión, en 1954, Bórmida emprende una nueva expedición a la Patagonia durante la que obtuvo material sobre lenguas patagónicas que, lamentablemente, no hemos hallado hasta el momento. En el informe que eleva Imbelloni a las autoridades de la Facultad (AGFFyL, A.G.-329, 3), se consignan “cinco rollos dedicados integralmente a la lengua del grupo Ona de Tierra del Fuego, que ha sido posible obtener de uno de los *últimos sobrevivientes*” (el resaltado es nuestro). Continúa el informe de la siguiente manera: “Hemos perdido sin embargo la esperanza de registrar una documentación del grupo Cheuache-kenk, porque durante la estada del Dr. Bórmida en el

7 Esta referencia, sin embargo, posiblemente constituya una errata. Muy probablemente Imbelloni se refiera a un nieto de Thomas Bridges, el padre de Lucas, ya que este se casó entrado en años y no vivía en Tierra del Fuego.

Sud se ha muerto la indígena Beltesheun, de 120 años de edad, sin poder sacar lo que esperábamos desde muchos años” (AGFFyL, A.G.-329, 3).

Estas palabras, en conjunción con otros fragmentos de informes, como así también con la intención de crear un refugio de “conservación” de las familias tehuelches que vimos más arriba, son gestos discursivos que revelan las intenciones extractivistas del proyecto de Imbelloni. La falta de sentido humano alcanza su máxima expresión en una carta que Bórmida le envía a Imbelloni mientras se encontraba de expedición en la que describe la agonía de Beltenshun:

Muy estimado maestro: Voy a pasarle hoy otro informe sobre mis actividades que en estos últimos días se han vuelto bastante turbulentas y enmarañadas. El día de mi segunda visita a Beltesheun la encontré en la extrema miseria física e intelectual, y con una cara que parecía no querer vivir un día más. El Dr. Escalada se hallaba siempre enfermo de bastante cuidado por lo cual recurrimos a la cooperación de un colega con el fin de que la vieja fuese internada en el hospital para ver de mejorarla con algún shock vitamínico o pequeñas dosis de Actémin, como para poder grabar por lo menos sus últimos suspiros. En la noche volví al rancho con el Dr. Vuecas, pero encontramos a Manquél borracho que se opuso a que la trasladáramos, parece que había pegado a Doña Agustina que tenía toda la cara hinchada. El día siguiente otros trámites con Maquel que, por fin, después de otra posible paliza a la señora, consintió al traslado. De todas maneras, estábamos decididos a usar medidas de fuerza si fuese necesario. La vieja salió del toldo gimiendo de que la dejaran morir allí, entre los gemidos de la petisa; actualmente se halla bien cuidada con posibilidad de repuntar un poco. Tenemos todavía que resolver el traslado de doña Agustina, indispensable como intérprete (y que por otra parte está en condiciones de salir muy precarias) o de la petisa (que es tuberculótica). Mañana me pasaré todo el día en el hospital con el Dr. Escalada para ver de llevar adelante el trabajo. Me he permitido seguir aquí en Comodoro porque es realmente la última oportunidad de estudiar el Teushen. No sé si Ud. aprobará esta medida pero me he animado a tomarme esta libertad pensando que era imprescindible mi estadía. Mi dinero es escaso pero aguantaré hasta que pueda, aún con dinero prestado. Mis más respetuosos saludos. (AME, Bórmida a Imbelloni, 6/2/1954).

Allí se hace patente que el interés era estrictamente extractivo: se pretendía mantener viva a Beltenshun para garantizar el registro de la lengua. Del mismo modo, se pretendía trasladar a Agustina Quilchamal no tanto por el maltrato que habría recibido de su marido, sino por su valor como

intérprete. En los dos casos, más que importar las condiciones de vida, lo que buscaban era garantizar la supervivencia de ambas por su valor como “informantes”.

El interés por el territorio patagónico que se establece desde el Museo durante la gestión de Imbelloni presenta varias aristas. En primer lugar, se explica por la operación discursiva de largo alcance analizada por Rodríguez (2016) de “blanqueamiento” de la población del país que dio lugar a la extranjerización de los mapuches, quienes serían, a su vez, parte de los responsables de la desaparición del grupo tehuelche, los “verdaderos” indígenas argentinos. En este sentido, tal como observa Rodríguez, si bien este procedimiento discursivo encuentra sus inicios a fines del siglo XIX, se mantuvo a lo largo de los años y encontró en Imbelloni y en la Escuela Histórico Cultural un espacio propicio para su desarrollo, quienes, al mismo tiempo, se encargaron de profundizar la idea de la extinción inminente de tipos “puros” antes de su completa “degeneración” racial. La búsqueda de “ejemplares puros” (como dirá Imbelloni en una ocasión) explica la desesperación de Bórmida en su carta por mantener viva a la anciana agonizante. Por otra parte, la Escuela Histórico Cultural, cuyos principales representantes eran mayormente extranjeros, precisaba de un objeto de estudio argentino y original que permitiera poner en diálogo este proyecto científico con el proyecto político nacional. De acuerdo con esto, la Patagonia fue, para la escuela liderada por Imbelloni, un territorio que le permitió ratificar la prevalencia de ese modelo en los estudios antropológicos nacionales y articular estratégicamente su propio proyecto con el valor geopolítico que adquirió esta región durante el peronismo: en este territorio habitaban los “verdaderos” indígenas argentinos, por un lado, además de haber sido un destino desatendido por la ciencia argentina durante largas décadas.

En este último sentido, se debe considerar, además, que en el Noroeste ya había importantes centros académicos que estaban avanzando con la expansión culturalista: tal es el caso de la Universidad de Tucumán, gracias a la acción de Osvaldo Paulotti, Radamés Altieri y María de las Mercedes Costanzo (véase Carrizo, 2015). Asimismo, hacia mediados de la década del cuarenta, la franja centro y norte de la Argentina ya contaba con una gran cantidad de instituciones dedicadas a la investigación antropológica y arqueológica de la región: el Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore de Córdoba, el Departamento de Estudios Coloniales y Etnográficos en Santa Fe, entre otros (véase Rex González, 1985); como así también con museos dedicados a la exposición de colecciones patrimoniales y regionales en Catamarca, La Rioja, Salta y Santiago del Estero, por mencionar

solo algunos (véase Blasco, 2007). En el Sur, más allá del Museo de la Patagonia fundado por Enrique Amadeo Artayeta en 1940 (véase Pupio y Piantoni, 2017), no registramos, sino hasta fines de la década del cuarenta, instituciones análogas. Esta situación que comienza a revertirse con la creación, en 1947, del Instituto Superior de Estudios Patagónicos (antecedente de la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco), impulsada por el gobernador militar General Armando S. Raggio.

Conclusiones

Mediante este trabajo repusimos, sobre la base de una breve historización del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires, la distribución territorial en relación con áreas de estudio y objetos de investigación en el marco de las ciencias antropológicas a lo largo de cincuenta años, con el principal propósito de indagar en las investigaciones sobre lenguas indígenas emergidas de esta institución. Tal como esperamos haber demostrado, el trabajo con dichas lenguas no fue una temática prioritaria en los distintos proyectos de gestión, más allá de que en más de un caso fuera un área de interés de las investigaciones particulares de los distintos directores en distintas instancias de sus trayectorias (como es el caso de Ambrosetti o de Outes). Asimismo, como parte de las actividades del Museo, identificamos algunos registros de interés, como fueron los de Debenedetti de las lenguas chorote y wichí durante su expedición al Noroeste argentino; como así también el de Imbelloni y Bórmida durante dos expediciones a la Patagonia. Estos registros nos permiten, a su vez, recuperar una particular distribución geográfica que hemos intentado poner de relieve a partir del recorrido por las distintas expediciones proyectadas desde el Museo durante el periodo analizado. Así, durante las dos primeras gestiones, se emprendieron diversas expediciones con destino a los Valles Calchaquíes, mientras que durante las siguientes se reconoce una disminución considerable de los viajes al terreno. Será recién en 1949 que se retoman los estudios de campo, y es entonces cuando la atención se redirecciona hacia la región patagónica.

Referencias bibliográficas

- AA.VV. (1904). *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1(1). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- AA.VV. (1905). *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 3(2). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

- AA.VV. (1917). *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 36(14). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- AA.VV. (1927). Actos de la Universidad. *Archivos de la Universidad de Buenos Aires*, 5(5), pp. 431-439. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- AA.VV. (1930). *Archivos de la Universidad de Buenos Aires*, 5(5). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico (AME), Fondo de Gestión Académico-Administrativa Institucional de José Imbelloni.
- Archivo General de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (AGFFyL). Archivo del Museo Etnográfico. (1904-1955). Expedientes citados: B-5-10, 64; C-4-1, 14; C-5-3, 2; D-3-6, 28; A.G.-289, 15; 1955, s/d; D-2-4, 24; D-2-4, 13; A.G.-289, 7; A.G.-329, 3.
- Barros, C. (2001). La antropogeografía en Buenos Aires. Surgimiento y desaparición de un espacio académico en la Argentina de principios del siglo XX. *Terra brasiliis*, 3, pp. 2-12.
- Blasco, M. E. (2007). Los museos históricos en la Argentina entre 1889 y 1943. *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán (edición digital).
- Boman, E. (1920). Juan Bautista Ambrosetti. *Journal de la Société des Américanistes*, 12, pp. 229-235.
- Buchbinder, P. (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires: Eudeba.
- Carrizo, S. (2015). Nacimiento, ocaso y dispersiones. Breve relato de la Licenciatura de Antropología en la Universidad Nacional de Tucumán. *Revista del Museo de Antropología*, 8, pp. 201-214.
- Dávila Da Rosa, L. (2015). El problema indígena en Argentina a principios del siglo xx. La controversia entre Lehmann-Nitsche/Ambrosetti. *Temas Antropológicos. Revista Científica de Investigaciones Regionales*, 37(2), pp. 15-42.
- Debenedetti, S. (1909). La sumisión de los indios en el Chaco. *Renacimiento*, 1(1), pp. 360-370.
- Debenedetti, S. (1924). Museo Etnográfico. Del Informe presentado al decanato por el Director doctor Salvador Debenedetti. En R. Rojas, *Documentos del decanato (1921-1924)* (pp. 201-204). Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.
- Debenedetti, S. y E. Casanova. (1933-1935). Titiconte. *Publicaciones del Museo antropológico y etnográfico*, A(III), pp. 7-34.

- d'Harcourt, Raoul. (1951). Francisco de Aparicio (1892-1951). *Journal de la Société des Américanistes*, 40, pp. 246-250.
- Domínguez, L. (2019a). El estudio de las lenguas indígenas en el americanismo de José Imbelloni. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 28(2), pp. 123-137.
- Domínguez, L. (2019b). El problema de las lenguas 'prehistóricas'. Un debate sobre el estudio de las lenguas indígenas a comienzos del siglo XX. *Olivar. Revista de Literatura y Cultura Españolas* (edición digital).
- Domínguez, L. (2020a). *Lenguas indígenas en la Argentina. Aportes para una historia de la lingüística en la primera mitad del siglo XX* (Tesis doctoral, inédita). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- Domínguez, L. (2020b). Las lenguas indígenas como contenido curricular: Samuel Lafone Quevedo y los programas de Arqueología americana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1899-1920). *Boletín de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*, 14, pp. 213-236.
- Domínguez, L. y A. Fernández Garay. (En prensa). Vocablos y frases de la lengua tehuelche. En M. Malvestitti y M. Farro (Comps.), *Documentos inéditos en lenguas fuegopatagónicas (1880-1950)*. Aceptado en Editorial de la Universidad Nacional de Río Negro, Viedma, a publicarse en 2021.
- Domínguez, L. y M. Malvestitti. (2020). La *glottología* de Alfredo Trombetti en los estudios de lingüística indígena argentina: el caso de los misioneros salesianos y de José Imbelloni. *Chuy. Revista de estudios literarios latinoamericanos*, 7(9), pp. 57-91.
- Domínguez, L. y G. Toscano y García. (1917). La gestión de Lehmann-Nitsche en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1926). *Revista argentina de historiografía lingüística*, 9(2), pp. 79-96.
- González, A. R. (1985). Cincuenta años de arqueología del Noroeste argentino (1930-1980): apuntes de un casi testigo y algo de protagonista. *American Antiquity* 50(3), pp. 505-517.
- Guber, R. (2006). Linajes ocultos en los orígenes de la antropología social de Buenos Aires. *Avá. Revista de Antropología*, 8, pp. 1-35.
- Imbelloni, J. (1949). Los patagones. Características corporales y psicológicas de una población que agoniza. *Runa. Archivo para las ciencias del hombre*, 2, pp. 5-58.
- Imbelloni, J. (1950). El panorama lingüístico de la Patagonia y el trabajo del General Perón. En J. D. Perón, *Toponimia patagónica de*

- etimología araucana* (pp. 7-15). Buenos Aires: Dirección General de la Cultura del Ministerio de Educación de la Nación.
- Imbelloni, J. (1952). Introducción a “Los pueblos Canoeros de Fuegopatagonia y los límites del hábitat Alakaluf” de Daniel Hammerly Dupuy. *Runa. Archivo para las ciencias del hombre*, 5, pp. 134-135.
- Lafón, C. R. (1951). Francisco de Aparicio (1892-1951). *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana* 14(1), pp. 276-281.
- Malvestitti, M. (2010). Lingüística misionera en Pampa y Patagonia (1860-1920). *Revista argentina de historiografía lingüística*, 2(1), pp. 55-73.
- Malvestitti, M. (2012). *Mongeléluchi zungu. Los textos araucanos documentados por Roberto Lehmann-Nitsche*. Berlín: Ibero-Amerikanisches Institut/ Gebr. Mann Verlag.
- Malvestitti, M. (2013). Fronteras lingüísticas en Tierra del Fuego. Usos y documentación de las lenguas originarias en las misiones anglicana y salesiana (1869-1923). En M. A. Nicoletti y P. Núñez (Comps.), *Araucanía–Norpatagonia: la territorialidad en debate. Perspectivas ambientales, culturales, sociales, políticas y económicas* (pp. 286-289). Bariloche: IIDyPCa.
- Malvestitti, M. (2014). Ahúnik’ənk’. Un vocabulario de la lengua tehuelche documentado por Roberto Lehmann-Nitsche. *Indiana*, 31, pp. 377-408.
- Malvestitti, M. (2015). Palabras selknam. El vocabulario oona recopilado por Roberto Lehmann-Nitsche. *Magallania*, 43(1), pp. 69-89.
- Malvestitti, M. y M. A. Nicoletti. (2008). El uso de la lengua aborigen como práctica de evangelización: Domingo Milanésio y su prédica en *mapuzungun* (fines del siglo XIX y principios del siglo XX). *Fronteras de la historia*, 13(1), pp. 95-118.
- Malvestitti, M. y M. A. Nicoletti. (2012). Evangelización franciscana en Araucanía: el catecismo de Serviliano Orbanel. *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, 2, pp. 2-22.
- Malvestitti, M. y M. E. Orden. (2014). *Günün a yajütshü. El Vocabulario Puelche documentado por Roberto Lehmann-Nitsche*. Santa Rosa: EdUNLPam.
- Outes, F. (1931). La reorganización del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras. *Solar*, pp. 13-39.
- Pegoraro, A. (2009). *Las colecciones del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires: un episodio en la historia del americanismo en la Argentina 1890-1927* (Tesis doctoral). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

- Perazzi, P. (2011). La antropología en escena: redes de influencia, sociabilidad y prestigio en los orígenes del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires. *Anthropologica*, 29(29), pp. 215-231.
- Pérez Gollan, J. A. y M. Dujovne. (2002). De lo hegemónico a lo plural: un museo universitario de antropología. *Entrepasados. Revista de historia*, 10(20/21), pp. 197-208.
- Podgorny, I. (2004). Tocar para creer. La arqueología en la Argentina 1910-1940. *Anales del Museo de América*, 2, pp. 147-182.
- Pupio, M. A. y G. Piantoni. (2017). Coleccionismo, museo y saberes estatales. La colección de Enrique Amadeo Artayeta en el Museo de la Patagonia (Argentina) 1939-1950. *Estudios Sociales del Estado*, 3(5). 31-54.
- Rodríguez, M. E. (2016). 'Invisible Indians', 'degenerate descendants': Idiosyncrasies of *mestizaje* in Southern Patagonia. En P. Albero y E. Elena (Eds.), *Rethinking Race in Modern Argentina* (pp. 126-154). New York: Cambridge University Press.
- Swiggers, P. (2009). La historiografía de la lingüística: apuntes y reflexiones. *Revista argentina de historiografía lingüística*, 1(1), pp. 67-76.